



LOS EJERCICIOS BAJO EL SIGNO COMUNITARIO

A. González Dorado, S. I.

UN profundo sentido comunitario ha surgido en la Iglesia moderna.

Lo que era realidad latente se ha hecho conciencia cristiana, ocupando un plano de primera actualidad. Hoy en la sociedad eclesial se vive sensiblemente el dogma del Cuerpo Místico de Cristo. Todos sentimos que sólo podemos caminar hacia Dios *en y por* la Iglesia, que no es una entidad exclusivamente jurídica, sino ante todo una

comunidad viviente por cuyas venas —los hombres que la constituyen— corre la sangre de Cristo transformada en gracia y plenitud del Espíritu Santo.

Esta conciencia social y comunitaria nos ha enseñado que el problema de la salvación, el de la filiación divina, *no es un problema puramente individual*. Hoy sabemos que los hombres nos salvamos en constelación (1), ayudándonos mutuamente. Que todos forma-

mos una familia y que por consiguiente, todos somos un poco responsables de la gran marcha de nuestros hermanos hacia la Casa del Padre.

El brote de una mentalidad nueva ha exigido el subrayar especialmente algunas verdades contenidas en las bases dogmáticas de nuestra fe, y la revisión de los métodos pastorales tradicionalmente empleados para la formación del cristiano.

Se trata de un movimiento incontenible que tiene que llegar también al retiro de los *Ejercicios Espirituales de san Ignacio*, dada la transcendencia que han tenido en la historia de la espiritualidad cristiana, y su presencia casi universal, aun hoy día, en todos los ambientes que se desean potenciar cristianamente.

Tres posturas

Frente a ellos se han bifurcado dos corrientes antagónicas, tal vez exigidas por la dialéctica de un período de revisionismo.

Una corriente vanguardista, orientada toda ella hacia el futuro, respeta los Ejercicios de san Ignacio como un método que supo ejercer una profunda acción transformadora en los hombres del pasado. Pero los métodos mueren con los hombres para quienes se idearon. Hoy los Ejercicios tienen que dejar el camino abierto a otros métodos nuevos, acomodados a los hombres nuevos de nuestro momento moderno.

La corriente conservadora defiende la vigencia permanente del método ignaciano. Intenta oponerse a las voces revolucionarias con hechos y realidades. Aplican los Ejercicios con todo el rigor y toda la amplitud que permite su letra, y nos afirman como resultado de experiencia, que retienen su eficacia pastoral para nuestras generaciones.

(1) La salvación será siempre un problema de unidades y de responsabilidad personal. Pero puede ser un factor decisivo, y de hecho lo es en muchas ocasiones, la postura de los que nos rodean con respecto a dicho problema.

Dos corrientes contradictorias. No creemos que en estas líneas nos toque tomar partido por ninguna de ellas. Más bien intentamos esbozar *una solución síntesis*. Pensamos que un estudio serio de los Ejercicios nos obliga a reconocer el valor perenne de las *verdades* expuestas y de las líneas fundamentales del *método* pedagógico ignaciano. Pero junto a esos valores vigentes, nos parece descubrir simultáneamente algo que es cuestión de enmarcación, de *perspectiva histórica* en el enfoque de los problemas y verdades, desplazado para la mentalidad moderna, aunque aún pueda retener su vigencia para determinadas personalidades, que por su temperamento o educación pertenecen más al Renacimiento clausurado, que al mundo nuevo que surge en el horizonte.

Espíritu e Historia

Se ha hablado del sentido individualista que colorea a los Ejercicios de san Ignacio. No creemos que pueda negarse esta observación.

En efecto, el mismo san Ignacio ha trazado con toda sobriedad y claridad en el frontispicio de su obra la finalidad que se propone en su libro: "Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea" (n. 21). Se pretende por tanto, la perfección del hombre. Pero es una perfección de marcado carácter individual, frente a las exigencias de la voluntad de Dios.

Esta construcción individualista del ideal cristiano no es un signo de miopía en san Ignacio, como pueden algunos pensar. Por el contrario subraya con todo vigor su espíritu de modernidad. El santo se encuentra en un mundo renacentista. El individuo ha ido cobrando tales proporciones filosóficas que ha intentado desplazar a Dios de su puesto céntrico en el sistema cósmico. El *uomo universale* es en este momento un ideal y una aventura. En toda Europa domina el espíritu del Renaci-

miento. San Ignacio salta a la palestra queriendo introducir a Dios entre los hombres que conviven con él. Una espiritualidad moderna no podía en esas circunstancias olvidar los valores auténticos del individuo. Más aún, tenía que marcar estos valores en lo que tienen de eternos y cristianos, hasta las fronteras más avanzadas, permitidas por la revelación y la filosofía, si quería entablar el diálogo con el hombre renacentista.

Y esta es la táctica de san Ignacio. Se introduce dentro del sistema renacentista. Exalta al individuo hasta situarlo como centro visible del cosmos. Pero permaneciendo fiel al pensamiento paulino (1 Cor 3, 22) ese centro lo reduce a sus verdaderas proporciones, las eternas. Afirma desde el principio que el hombre gira a su vez alrededor de otro centro último e inmutable, que es Dios. Pero ese mismo Dios proyectando su Luz presenta al hombre del Renacimiento un ideal de perfección individual humano-divina muy superior al *uomo universale* realizado por los genios italianos. Jesucristo aparece como el ideal de hombre en el que deben soñar los cristianos. Diríamos que san Ignacio ha intentado con sus Ejercicios trovar un Renacimiento a lo divino. Dió la profundidad religiosa a una perspectiva histórica que hoy está clausurada.

Fidelidad al Espíritu

El Renacimiento pagano fué evolucionando con un rigor ineludible impuesto por los principios que a sí mismo se dictó. En la seudodivinización del hombre se encontraba el germen de la descomposición del sistema. En un lento proceso se va realizando el "drama del humanismo ateo" hasta quedar el individuo como tal, reducido al factor cero. Entonces el hombre necesitó otro centro para su sistema cerrado, y el individuo fué desplazado por la sociedad. Para el mundo de hoy el individuo ya no tiene sentido en sí, se ha reducido a ser un guarismo como nos

dice "La Hora 25". Sólo su dimensión social se ha desarrollado hasta hacerse absurdamente infinita, anulando la ordenada individual. El hombre ya sólo se comprende en función de la sociedad. Se ha transformado exclusivamente en un ser social. Es la filosofía que domina en nuestro momento histórico. Y éste es el momento de ser fieles al espíritu y a la táctica ignaciana.

Si queremos entablar el diálogo tenemos que hablar al hombre de hoy con sus mismas categorías. Hay que situarse dentro de su cuadro mental. Tenemos que reducir *sus* esquemas a las proporciones exactas. Iluminarlo con la luz del mensaje, potenciar *su* mundo a lo divino y *crear una espiritualidad de perspectiva comunitaria* esencialmente evangélica, que responda a nuestras exigencias históricas. En una palabra, tenemos que ser fieles al espíritu de San Ignacio. Y tal vez esta fidelidad nos obligue a modificar la perspectiva filosófica que preside el libro de los Ejercicios. Hay que transformar la perspectiva individualista en comunitaria.

Pero salta automáticamente la pregunta: ¿son susceptibles los Ejercicios de un cambio en este sentido reteniendo su eficacia y manteniéndose fieles a sí mismos? Más exactamente: ¿una transformación de este orden no supondría una desesencialización de la obra de san Ignacio y consecuentemente su destrucción? Creemos que no.

Trasfondo comunitario

Al ponernos en contacto con el libro de los Ejercicios fácilmente aparecen tres elementos integradores: *método, perspectiva y verdades*.

El método es un sistema pedagógico estrictamente ignaciano, ordenado a que ayude al hombre a conseguir la aceptación de una postura auténticamente cristiana ante Dios.

La perspectiva responde a una concepción de la vida, a una arquitectura filosófica de un determinado momento histórico. Elemento temporal indispen-

sable para poder dialogar con el hombre de una época concreta.

Las verdades, en el libro de los Ejercicios, son las del Evangelio en toda su extensión y en toda su plenitud. Todo el esfuerzo de San Ignacio se reduce a formar hombres cuya vida sea el Evangelio.

Pero en el mensaje de Cristo se equilibran dos focos que marcan con exactitud la curva religiosa del hombre cristiano: salvación del hombre y caridad, destino individual y servicio a la comunidad. Son elementos complementarios y esenciales en la concepción neotestamentaria de la dinámica de la justificación. Son dos realidades que tienen que saber conjugar y vivir los hombres que siguen a Cristo. Las dos tienen por tanto que estar inmersas en el libro de los Ejercicios.

Ahora bien, la perspectiva espacial con la que el hombre histórico puede ver estas dos verdades complementarias normalmente está en función de la filosofía de su tiempo. Pero las dos verdades tienen que estar presentes para todo cristiano. Este fenómeno creemos que se ha realizado en los Ejercicios de San Ignacio. Allí está presente todo el

Evangelio con sus dos focos profundamente humanos, individuo y comunidad, pero, proyectados dentro de una perspectiva renacentista. El elemento *individuo* ocupa el primer plano.

Cuando afirmamos que tal vez sería conveniente una modernización de los Ejercicios Espirituales, no nos referimos ni a los elementos esenciales del método ni a las verdades que se proponen en el libro. Sólo hacemos referencia a la perspectiva. Creemos que la fidelidad al espíritu ignaciano exige en la actualidad un intento de *separarlo* de una filosofía individual e *integrarlo* dentro de una perspectiva comunitaria, perfectamente adaptable a la mística de servicio vivida por el Santo. Perspectiva aquí sería cuestión de enfoque y de acento.

Este cambio, a nuestro juicio accidental, cambiaría automáticamente la longitud de onda con que aparecen las verdades en el libro de los Ejercicios. El trasfondo comunitario, que necesariamente tiene que subyacer en sus bases, ocuparía la superficie, el primer plano. El mundo de la caridad, el del Cuerpo Místico, sería el camino que se abriría primero ante los ojos

«Quánto es cosa digna de consideración ver a Christo nuestro Señor, rey eterno, y delante dél todo el universo mundo, al qual y cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria».

del ejercitante. Y por ese camino solucionaríase consecuentemente su destino personal e intransferible.

Técnica nueva

En las líneas que siguen sólo queremos indicar, a manera de ensayo, una posibilidad de cambio en la actual estratigrafía ideológica de los Ejercicios al quedar organizados bajo el signo de una perspectiva comunitaria. Nos reducimos exclusivamente al sector de las verdades. Aunque lo pudieramos aplicar también consecuentemente al método pedagógico.

Eje de los Ejercicios

La ruta ideológica de los Ejercicios está determinada por dos meditaciones (2) claves: *Principio y fundamento, Meditación para alcanzar amor.*

Diríamos, analizadas ambas meditaciones, que san Ignacio conduce al ejer-

(2) Es suficientemente conocido que el *Principio y fundamento* no es una meditación en el sentido técnico, sino una consideración. Sin embargo, ya desde los primeros *Directorios* se permitió dar en la forma de meditación que hoy se acostumbra.

citante de una visión religiosa fundamental e inicial del mundo, a una postura religiosa plena frente a las cosas.

Supuestas las consideraciones anteriores, nada tiene de extraño que el *Principio y fundamento* esté estructurado sobre una perspectiva individual. El hombre tiene un fin, Dios. Todas las cosas son medios para el hombre. Todo está subordinado al hombre en su marcha hacia Dios. El hombre consiguientemente debe usar de las cosas tanto cuanto le ayuden en su camino hacia Dios. Este es el pensamiento de san Ignacio.

La concepción es correcta. Pero es interesante recordar que las cosas que rodean al hombre no sólo son medios, instrumentos puestos a la disposición del hombre para que éste pueda realizar su último fin. *Son además fines próximos del hombre.* Toda la creación, dice la filosofía tradicional, es como un gigantesco órgano creado por Dios para que cante su gloria. Pero la interpretación musical sólo puede ser realizada por el hombre. Esta visión complementaria de la creación nos sitúa en un punto de vista comunitario, porque queda el hombre como dando

“Los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal offrescerán sus personas al trabajo, mas aún haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento diciendo:

Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita bondad, y delante de vuestra Madre gloriosa y de todos los sanctos y sanctas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como spiritual, queriéndome vuestra santísima voluntad elegir y rescibir en tal vida y estado”.

(De la contemplación del *Rey temporal*)

y obteniendo para Dios resonancia en todas las cosas, y principalmente en la comunidad. El hombre tiene que ayudar a todas las criaturas a conseguir con plenitud su último fin, y por tanto tendrá que usar o desusar de ellas cuanto lo exija la interpretación armónica, el himno que debe levantarse de la creación hacia Dios. Servir a Dios y servir a las criaturas, en el sentido indicado, se han fundido incluso filosóficamente en un único acto religioso del hombre (3).

Esta concepción unitaria del servicio a Dios y a las criaturas, especialmente a los hombres, adquirirá proporciones gigantescas, *sobrenaturales*, al desembocar en la *Meditación para alcanzar amor*. Entonces el hombre, identificado ya con Cristo descubrirá que detrás de todas las cosas está Dios presente. Verá que ese Dios ha levantado su tienda de campaña entre los hombres, donde se ha realizado una encarnación mística, el milagro del Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia. Y entonces comprenderá por qué servir a los hombres es servir a Dios, por qué amar a los hombres es amar a Dios. El ejercitante en ese momento ha descubierto la cumbre de la vida cristiana, que es la caridad total.

La ruta

Supuesto el cambio de perspectiva filosófica de los bornes esenciales de los Ejercicios es interesante marcar las variaciones accidentales que se imponen en la ruta que une a las dos meditacio-

(3) «Servir a las criaturas». No queremos decir con esta expresión, de corteza dura, que el hombre esté destinado al mundo irracional. Sino que sólo el hombre, usando de ellas socialmente, en orden a Dios, es quien realizará, y debe *realizar* la finalidad última de las criaturas, que es dar al Señor una gloria que por sí mismas no pueden formular dada su carencia de entendimiento.

Sin embargo en orden al mundo racional hay un verdadero destino, bien que no último, ya que el hombre no sirve plenamente a Dios, sino sirviendo (en el sentido más estricto) a los hombres y ayudándoles a que consigan su último fin.

nes citadas. Nos es imposible realizar un estudio detenido. Sólo seguimos proponiendo algunas sugerencias.

La primera postura que S. Ignacio exige al ejercitante, postura elemental y negativa, es la purificación del pecado. Con esta finalidad se estructuran los ejercicios de la *primera semana*. Integrándolos dentro de una perspectiva comunitaria, podría marcarse reflejamente y con insistencia que el pecado, como lo encontramos desde la primera página del Génesis, es una postura de *egoísmo* frente a Dios y la creación. Es el transfondo comunitario subyacente en la doctrina del pecado, y que en algún momento aflora casi explícitamente en alguna de las frases de san Ignacio (véase n. 60).

Frente al hombre pecador —léase egoísta— surge para Ignacio la figura de Cristo crucificado salvándolo del infierno. El egoísmo sólo es salvado por el amor, por el olvido de sí mismo, en la mística divina de Cristo al servicio de los hombres.

Este marcar explícitamente las notas de egoísmo y servicio en los actos de la *primera semana*, prepararían psicológicamente al ejercitante para contestar a la pregunta “¿qué haré por Cristo?” con una respuesta afirmativa de caridad y servicio, y negativa del propio egoísmo.

El Rey temporal

Se ha discutido entre los especialistas sobre la finalidad apostólica de la meditación llamada *El Rey Temporal*. Normalmente suelen negarla los autores.

Pero tal vez se podría distinguir entre un *apostolado amplio* y un *apostolado estricto*.

El apostolado estricto responde a una vocación particular dentro de la comunidad cristiana, y se reduce a dedicar la vida al testimonio oral del mensaje de Cristo.

El apostolado amplio es vocación universal para todo cristiano. Consiste

en una postura de servicio a la humanidad, al Cuerpo Místico de Cristo, según las características de la vocación personal dada por Dios.

En este segundo sentido creo que se podría llamar sin dificultad a la contemplación del *Rey Temporal*, contemplación apostólica.

Pero al colorearse la meditación de un sentido apostólico, lo importante es el fin, "conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre" (n. 95), es decir, integrar todos los hombres en la unidad del Cuerpo Místico. Y entonces aparece Cristo como ideal de hombre en la realización de la empresa, indicándonos con los misterios de su vida el camino que tenemos que seguir para vivir con El y en El la gran aventura de la Redención, el supremo acto de servicio y caridad por la comunidad. Bajo este prisma quedan iluminadas socialmente las tres semanas cristológicas de los Ejercicios. La elección de estado no será más que la búsqueda de la fisonomía con que debe encarnarse en cada individuo el ideal proclamado por Cristo: el servicio personal a la humanidad y a la Iglesia, que es el servicio a Dios.

Hacia el mundo nuevo

Paso a paso san Ignacio va trazando un camino para la identificación con Cristo y con su empresa. Identificación intelectual y volitiva en la segunda semana. Identificación mística en la tercera y cuarta. Y cuando el hombre identificado con Cristo quiere mirar otra vez al mundo donde se mueve todos los días, se encuentra con la *Meditación para alcanzar amor*. Y entonces ha de descubrir con sorpresa que su visión de la creación y los hombres, su

postura ante ellos es muy distinta a la que tenía al comenzar los Ejercicios. Ya no mira con sus ojos de carne, sino con los de Cristo (4). Ante su mirada límpida aparece Dios presente en todas las cosas, en todos los hombres y comprende la actitud del mensaje joanneo (I Jo 3,16). Ahora descubre en su vida una profundidad religiosa desconocida hasta entonces, siente que Dios es Caridad en todas las cosas y en todos los hombres, y que su única respuesta es cerrar ese círculo de la caridad de Dios. Comprende lo que es sacrificarse y amar al binomio Dios-hombre. Ha comenzado una vida nueva. Es una vida cristiana con la doble dimensión de eternidad y modernidad, capaz de satisfacer plenamente las aspiraciones comunitarias de nuestras generaciones.

(4) La *meditación para alcanzar amor* es para nosotros decisiva por dos razones principales: Primero, porque en ella se hace *reflejo* lo que se ha conseguido *directamente* a través de los Ejercicios. Segundo, porque es una prueba definitiva para valorar la asimilación conseguida durante ellos. De tal manera que si algún ejercitante no pudiera hacer esta meditación maduramente, ello sería un indicio sospechoso de la marcha de los Ejercicios.

Como indicamos, esta meditación presenta el mundo visto con los ojos de Cristo. Ahora bien, en todo tipo de Ejercicios, aunque sólo sean de primera semana, se ha tenido que producir en un grado mayor o menor una identificación del ejercitante con Cristo. Por este motivo, como comprobación de dicha identificación, creemos que siempre unos ejercicios se deberían terminar con esta meditación en una forma más o menos embrionaria. Siempre el último acto debería introducirnos *reflejamente* en el mundo de la Caridad, que es el mundo de Cristo.

Por último creemos que dicha meditación es la potenciación suprema del *Principio y fundamento*. La ecuación allí planteada, servir a Dios es servir a los hombres, se ha concretado aquí mucho más neotestamentariamente en esta otra ecuación, amando a los hombres se ama a Dios.